

El Republicano

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

ANSELMO LORENZO
BIBLIOTECA
ARCHIVO
FUNDACION

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
AÑO I CAPITAL: Mes, 0'35 ptas. Trimestre, 1 id. Año, 4 id.
FUERA: Trimestre, 1'25 pesetas. Año, 5 id.
EXTRANJERO: Año, 7 pesetas.
PAGO ANTICIPADO

Guadalajara 11 de Mayo de 1902
OFICINAS:
PLAZA DE MORENO, 6, PRINCIPAL
Toda la correspondencia se dirigirá al Director de
«El Republicano», apartado de Correos.

TARIFAS DE ANUNCIOS
Esquelas de funeral pequeñas: En 1.ª plana, 6 pesetas; en 3.ª, 3'50 id.; en 4.ª, 2 id. Anuncios, reclamos y comunicados, á precios convencionales.
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚM. 10

Error é injusticia

Pasados los primitivos terrores, el 1.º de Mayo ha quedado reducido á un día festivo más que los privilegiados ven llegar, si no con júbilo, al menos sin zozobra. El programa de la simpática fiesta obrera es bien conocido. Se interrumpe el trabajo, se celebran mitines, se maldice de la infame burguesía y se abomina del régimen capitalista, se anatematiza á los políticos sin distinción, y muy señaladamente á los pobres republicanos, se eleva alguna exposición á los gobiernos, que hacen siempre oídos de mercader, se goza de algunas horas de expansión en compañía de la familia y los amigos. Después de lo cual, el honrado obrero satisfecho de su día, y henchido para el porvenir de vagas esperanzas, se retira tranquilamente á su casita. Y hasta el año que viene.

El ver cómo cantan por ello victoria los órganos genuinos y auténticos de la burguesía, debiera abrir los ojos á los corifeos del partido obrero. Para los interesados defensores de la oligarquía dominante, el negocio es redondo. Enfriados en buena parte de la masa popular los entusiasmos políticos por obra de los propios *leaders* del socialismo, reducidas las airadas protestas del cuarto estado á la proporción de inofensivas manifestaciones, el pueblo queda por entero eliminado de la vida pública. Gracias á esa mala inteligencia, cuidadosamente fomentada entre los elementos constitutivos de la democracia, el poder seguirá siendo monopolio de los audaces aventureros que hacen hoy del Estado verdadera merienda de negros.

No juzguemos las intenciones, pero ¿cómo abstenerse de lamentar la ceguera? Los que encarecen al pueblo la neutralidad en las luchas de la política podrán no darle un consejo pérfido, mas con toda seguridad le dan un mal consejo. La pretendida distinción entre las llamadas cuestiones políticas y las sociales es especiosa y falsa. Cuando más será lo político una esfera particular de lo social. ¿Cómo no han de ser sociales problemas que trasciendan á la moralidad pública, á la educación nacional, á la riqueza colectiva, á la distribución justa ó injusta de la carga y de los beneficios comunes, á la organización de la propiedad, á la existencia de la familia y á la vida del individuo?

No podemos, no queremos creer que quienes tal predicán se esfuerzan conscientemente en propagar el eterno sofisma á cuyo amparo se han entronizado y mantenido en la historia todas las tiranías. Por desgracia de hecho así sucede. No ha habido despota en el mundo que, para congraciarse con el pueblo, no haya comenzado por presentarle como divorciados y hostiles su derecho y su conveniencia, ofreciéndole pan á cambio de libertad. Los pueblos que se han prestado á cometer ese delito de simonía han perdido al cabo libertad y pan, sin que su ejemplo haya servido á otros de escarmiento. Propagar la indiferencia hacia la política ¿no es preparar el terreno á esta especie de cesarismos de pan llevar?

Neutralidad entre los partidos! ¡In-

diferencia política! Pues qué, ¿nada le va al pobre en que le encarezcan la vida hasta hacerla imposible con el impuesto de Consumos? ¿Nada le importa que los aranceles y los cambios lleven artificialmente el precio del pan y la carne favoreciendo á los que tienen algo á expensas de los que nada tienen? Les es igual que sus hijos vayan á morir en la guerra mientras los hijos de los ricos se redimen por dinero? ¿No es depresiva para él que el Código tase su libertad y le mantenga en prisión por insolvencia? Si hay pučerazo electoral, ¿de quién es la soberanía que se suplanta y se estafa? Si impera la corrupción administrativa ¿suya es, en su mayor parte, la hacienda que se dilapida y se roba? Si las torpezas de un gobierno engendran una guerra, ¿quiénes son los que forzosamente sufren y mueren? Si una administración imprevisora no previene ni remedia la crisis de las subsistencias, ¿quiénes son los que pasan hambre? ¿A quiénes deja el Estado desprovistos de toda especie de cultura y desarmados por completo para las luchas de la vida? Decir que al proletario no le interesa la política, es decir una insensatez. Invirtiendo la vieja máxima doctrinaria, cabría afirmar que los pobres son los verdaderamente interesados en el manejo de la cosa pública, ya que allí donde el rico puede cuando más ver amenazada su fortuna, el pobre tiene en riesgo en su vida.

Imaginad ahora la democracia más cerrada, más estrechamente individualista, la más refractaria á las justas reclamaciones del pueblo trabajador; la más empedernida en los viejos prejuicios económicos. Pues aun esa democracia estadiza, desconocedora de su misión propia, cerrada á las lecciones de la realidad y extraña á las necesidades y exigencias de su tiempo, aún ella tiene por principio abolir todas esas iniquidades que tan vivamente afectan al derecho y al interés del proletario. Aún ella tiene por bandera la redención del oprimido. Si no ofrece soluciones al problema social, la interna virtualidad de sus ideas obligala con imperio á borrar de la ley y de la práctica esa especie de socialismo al revés que la burguesía ha impuesto para su provecho en las costumbres y en las leyes. Cuando eso hace el individualismo democrático, ¿qué no hará la democracia radical, henchida de savia popular, orientada hacia el porvenir, abierta á todos los vientos del progreso y á todas las inspiraciones de la historia, íntimamente penetrada del espíritu que inspira á las reivindicaciones del trabajo?

A estos razonamientos, de suyo incontestables, se contesta, no con una razón, sino con un sentimiento: la desconfianza. Todos sois burgueses, se dice. Pi lo fué como Cánovas, Nakens lo es como el Padre Santo de Roma. Si halagáis al pueblo es para servirlo de él, para explotarlo. Admitamos esa desconfianza como un hecho. Por duro que sea para quien lealmente procede ver así sospechadas sus intenciones, hay que someterse á la realidad. Sin la envidia y el recelo, que son de ella inseparables, la democracia sería algo más que humano porque no tendría mancha ni pecado. Pero no basta sospechar; hay que razonar la sospecha.

Cuando apelan al pueblo á quien tanto han oprimido, los defensores de lo viejo, los hombres del pasado, no son ciertamente de fiar. ¿Sucede otro tanto con los defensores del progreso, con los hombres del porvenir? Su burguesía debía ser cabalmente el mejor título á la confianza popular. Donde vosotros, obreros, lucháis por vuestra conveniencia, ellos luchan contra la suya. Los privilegiados que combaten son los de la clase en que nacieron ó á la que llegaron. Los monopolios que quieren destruir son los mismos que pueden gozar. ¿Para quién reclamaron la extensión del sufragio? Ellos votaban. ¿Para quién piden la instrucción? Ellos saben leer. ¿Por quién solicitan la abolición de la redención á metálico? Ellos tienen hijos redimibles. ¿En favor de quién demandan justicia y moralidad? Ellos visten la levita que en España exime siempre del presidio. Ellos, y solo ellos dan en la egoísta sociedad presente ejemplo de desinterés. Valiente majadero sería el que de entre ellos buscara en las turbulencias revolucionarias un provecho egoísta que, á cambio de trivial apostasía, le brinda la legalidad.

La desconfianza razonable, la creación; la infundada, la destrucción. Vale la caracterizó admirablemente en una de sus novelas el tipo del hombre que, por pasarse de listo, procede como lo contrario. Nada sostiene á la reacción con tanta eficacia como los que siembran entre los demócratas el recelo. Por transiciones, que no por saltos proceden la naturaleza y la historia. Si el socialismo ha de triunfar alguna vez, será después de haber pasado la sociedad por las soluciones del radicalismo democrático. Ferri mismo lo declara, y antes que él lo había afirmado Donoso y Cánovas plagiando á Donoso; liberalismo, democracia, socialismo, son tres momentos de una evolución. Querer llegar al tercero renegando del segundo, equivale á destruir el puente con objeto de pasar el río.

ALFREDO CALDERÓN.

EN BÉLGICA

LA EXPULSION

Casi desde el amanecer, aguardaba pacientemente en la portería del Hotel de Belle Vue, un sargento de la gendarmería belga para entregarnos un pliego del ministro del Interior.

El primero de nosotros que despertó tuvo la satisfacción de encararse con el imponente guerrero de luengos mostachos y alto morrión de lana, recibiendo la orden de presentación en el despacho del alto funcionario que vela por la seguridad de los belgas.

Fuimos al ministerio, siempre escoltados y protegidos por el simpático Furnemont, y á las once de la mañana atrevimos la inmensa plaza Real con sus aceras cubiertas de curiosos, á los que contenían los caballos de la gendarmería. Era el día de cumpleaños del rey Leopoldo. Aunque éste se hallaba ausente de la capital, la bandera belga ondeaba en los edificios, los empleados vestían de gala y el ministro de la Guerra iba á revistar en la gran plaza la guarnición de Bruselas y sus alrededores, una tercera parte de ese ejército belga que sólo sirve para evitar las expansiones revolucionarias del país y en sus funciones tiene más del gendarme que del soldado.

Nos esperaba en su despacho el director de la seguridad belga y secretario del ministro, un flamenco gordo que parecía rezumar cerveza

por todos sus poros; uno de esos funcionarios satisfechos de su alta misión, que parecen haber salido del vientre de su madre con la pluma tras la oreja y el rollo de papeles bajo el brazo. Al hablar se miraba con cierto orgullo la solapa, en la que lucía como gota de sangre una condecoración del sultán Abdul-Hamid, el asesino de los armenios y después esparcía su vista por las estampas de santos que adornaban su gabinete de funcionario de un gobierno clerical.

Yo fui el primero en comparecer ante aquel Falstaff, que tenía á su lado un joven amanuense y entre sus manos un cuaderno abultado con recortes de periódicos y numerosas páginas de apretada escritura.

Comenzó preguntando con mucha amabilidad á qué habíamos ido á Bélgica, y me lo preguntó en un mal italiano mezclado de francés, con el cual creía el buen hombre hablar en correcto español.

—Hemos venido á ver los museos belgas, á admirar sus bellezas artísticas, á apreciar los grandes adelantos del país.

—No es mala la excusa: ustedes son artistas y escritores, me constan sus aficiones. Aquí tengo todos los antecedentes de ustedes (y golpeaba el cuaderno). Esto es un *dossier* de la policía de París que les ha vigilado, y por él sé que lo que desean es celebrar en Bruselas el meeting contra nuestra amiga la monarquía española que no pudieron verificar en París.

Y siguió en el mismo tono, diciendo que había leído en el periódico de excitación la recepción contra su rey, para lo cual nos habíamos puesto de acuerdo con los revolucionarios de Bruselas y habíamos tomado parte en el meeting de la Casa del Pueblo y en la manifestación tumultuosa de la noche anterior.

—Nos honra V. muchísimo suponiéndonos capaces de revolver Bélgica á las pocas horas de llegar. ¡Lástima que no podamos lograr lo mismo en nuestro país, aun á costa de años!

Terminé la conferencia con el policía y me rogó que hiciese pasar á mis compañeros.

—Ahí fuera está el diputado Furnemont. ¿Quiere V. que pase también?

—No; ese no—dijo el funcionario, enrojeciendo, sin duda, por el recuerdo de varias tomaduras de pelo con que le obsequió el diputado socialista en la Cámara á propósito de su condecoración turca.

La entrevista con mis compañeros fué semejante y al terminar los interrogatorios, el secretario ministerial tiró solemnemente de un papel que contenía el decreto del ministro del Interior ordenándonos la inmediata salida del territorio belga, por ser peligrosos nuestra presencia y manejos.

Protestamos de la expulsión *inmediata*, diciendo que nos iríamos por la noche ó al día siguiente, pero el secretario llamó con solemnidad á un capitán de la gendarmería y en nuestra presencia le entregó otra orden para prendernos allí donde nos encontramos, si en el término de una hora no salíamos de Bruselas. Estábamos en plena representación de «La Tosca».

—¿Y si no queremos marchar tan pronto?—preguntamos sonriendo con una bondad que irritó al polizonte.

—Serán Vds. conducidos á la frontera en coches celulares y los gastos de conducción y escolta correrán á su cargo.

Esto de pagar los gastos de la expulsión y mantener unas cuantas horas á gendarmes, nos llegó tan al alma, que resolvimos obedecer.

Salimos del ministerio sin disponer de más tiempo que el necesario para recoger los equipajes. En la gran plaza inmediata al hotel se verificaba la revista militar. Sonaban las banderas de los regimientos, rasgaban el espacio las agudas notas de los clarines y se conmovían las paredes con el rodar de los cañones y el pataleo de los caballos de aquel ejército en miniatura.

—Es la burguesía que se divierte viendo jugar á los soldados—decía Furnemont con su suave ironía.

De vez en cuando un rugido inmenso dominaba este estrépito belicoso. Era el pueblo que aprovechaba la fiesta para hacer una manifes-